



VERDAD Y ANUNCIO DE LA FE

Hoja Semanal y Especial Jóvenes

de la Parroquia de
Nuestra Señora Reina del Cielo

Año XV

Nº 30

23.05.2021

DOMINGO DE PENTECOSTÉS

LECTURAS DE LA MISA:

1ª Lectura	De los Hechos de los Apóstoles (Hch 2, 1-11).
Salmo Responsorial	Salmo 103 (Sal 103, 1ab y 24ac. 29bc-30. 31 y 34).
2ª Lectura	De la 1ª carta del Apóstol San Pablo a los Corintios (1Cor 12, 3b-7. 12-13).

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO ① SEGÚN SAN JUAN (JN 20, 19-23):

Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «**Paz a vosotros**».

Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: «**Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo**».

Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: «**Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos**».

① Los textos Bíblicos citados en esta HS y EJ están tomados de la Biblia de la Conf. Episc. Española.

ENCUENTRO CON JESÚS:



Y, DICHO ESTO, EXHALÓ SU ALIENTO SOBRE ELLOS Y LES DIJO: «RECIBID EL ESPÍRITU SANTO»

Preguntémonos: ¿Le pido al Espíritu Santo que me dé luz, que me haga más sensible a las cosas de Dios? Esta es una oración que debemos hacer todos los días: «**Espíritu Santo, haz que mi corazón se abra a la Palabra de Dios, que mi corazón se abra al bien, que mi corazón se abra a la belleza de Dios todos los días**». Es muy bueno que diariamente tratemos de pedir al Espíritu Santo, para que nos abra el corazón hacia Jesús.

PAPA FRANCISCO

Miércoles, 25 de noviembre de 2020

Catequesis 16. La oración de la Iglesia naciente (y 2)

Leyendo los Hechos de los Apóstoles descubrimos entonces cómo el poderoso motor de la evangelización son las reuniones de oración, donde quien participa experimenta en vivo la presencia de Jesús y es tocado por el Espíritu.

Los miembros de la primera comunidad -pero esto vale siempre, también para nosotros hoy- perciben que la historia del encuentro con Jesús no se detuvo en el momento de la Ascensión, sino que continúa en su vida. Contando lo que ha dicho y hecho el Señor —la escucha de la Palabra—, rezando para entrar en comunión con Él, todo se vuelve vivo. La oración infunde luz y calor: el don del Espíritu hace nacer en ellos el fervor.

Al respecto, el *Catecismo* tiene una expresión muy profunda. Dice así: «El Espíritu Santo, que recuerda así a Cristo ante su Iglesia orante, conduce a ésta también hacia la Verdad plena, y suscita nuevas formulaciones que expresarán el insondable Misterio de Cristo que actúa en la vida, los sacramentos y la misión de su Iglesia».

Esta es la obra del Espíritu en la Iglesia: recordar a Jesús.

Jesús mismo lo ha dicho: Él os enseñará y os recordará. La misión es recordar a Jesús, pero no como un ejercicio memorístico. Los cristianos, caminando por los senderos de la misión, recuerdan a Jesús haciéndolo presente nuevamente; y de Él, de su Espíritu, reciben el “impulso” para ir, para anunciar, para servir.

En la oración, el cristiano se sumerge en el misterio de Dios que ama a cada hombre; ese Dios que desea que el Evangelio sea predicado a todos. Dios es Dios para todos, y en Jesús todo muro de separación es definitivamente derrumbado: como dice San Pablo, Él es nuestra paz, es decir, **«el que de los dos pueblos hizo uno»** (Ef 2,14). Jesús ha hecho la unidad.



Así la vida de la Iglesia primitiva está marcada por una sucesión continua de celebraciones, convocatorias, tiempos de oración tanto comunitaria como personal. Y es el Espíritu que concede fuerza a los predicadores que se ponen en viaje, y que por amor de Jesús surcan los mares, enfrentan peligros, se someten a humillaciones.

Dios regala amor; Dios pide amor. Esta es la raíz mística de toda la vida creyente. Los primeros cristianos en oración, pero también nosotros, que venimos varios siglos después, todos vivimos la misma experiencia.

El Espíritu lo anima todo. Y todo cristiano que no tiene miedo de dedicar tiempo a la oración puede hacer propias las palabras del apóstol Pablo: **«La vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí»** (Gal 2, 20). La oración te hace consciente de esto.

Solo en el silencio de la adoración se experimenta toda la verdad de estas palabras. Tenemos que retomar el sentido de la adoración. Adorar: adorar a Dios, adorar a Jesús, adorar al Espíritu. El Padre, el Hijo y el Espíritu: adorar. En silencio.

La oración de la adoración es la oración que nos hace reconocer a Dios como principio y fin de toda la historia. Y esta oración es el fuego vivo del Espíritu que da fuerza al testimonio y a la misión.

5. Padre de la valentía creativa (1/2)

Si la primera etapa de toda curación interior es acoger la propia historia, es decir, hacer espacio dentro de nosotros mismos para lo que no hemos elegido en nuestra vida, necesitamos añadir otra característica importante: **la valentía creativa**. Esta surge especialmente cuando encontramos dificultades.

De hecho, cuando nos enfrentamos a un problema podemos detenernos y bajar los brazos, o podemos ingeniárnoslas de alguna manera. A veces las dificultades son precisamente las que sacan a relucir recursos en cada uno de nosotros que ni siquiera pensábamos tener.



Muchas veces, leyendo los “Evangelios de la infancia”, nos preguntamos por qué Dios no intervino directa y claramente. Pero Dios actúa a través de eventos y personas. José era el hombre por medio del cual Dios se ocupó de los comienzos de la historia de la redención. Él era el verdadero “milagro” con el que Dios salvó al Niño y a su madre. El cielo intervino confiando en la valentía creadora de este hombre, que, cuando llegó a Belén y no encontró un lugar donde María pudiera dar a luz, se instaló en un establo y lo arregló hasta convertirlo en un lugar lo más acogedor posible para el Hijo de Dios que venía al mundo.

Ante el peligro inminente de Herodes, que quería matar al Niño, José fue alertado una vez más en un sueño para protegerlo, y en medio de la noche organizó la huida a Egipto.

De una lectura superficial de estos relatos se tiene siempre la impresión de que el mundo esté a merced de los fuertes y de los poderosos, pero la “buena noticia” del Evangelio consiste en mostrar cómo, a pesar de la arrogancia y la violencia de los gobernantes terrenales, Dios siempre encuentra un camino para cumplir su plan de salvación. Incluso nuestra vida parece a veces que está en manos de fuerzas superiores; pero el Evangelio nos dice que Dios siempre logra salvar lo que es importante, con la condición de que tengamos la misma valentía creativa del carpintero de Nazaret, que sabía transformar un problema en una oportunidad, anteponiendo siempre la confianza en la Providencia.

Si a veces parece que Dios no nos ayuda, no significa que nos haya abandonado, sino que confía en nosotros, en lo que podemos planear, inventar, encontrar.

Es la misma valentía creativa que mostraron los amigos del paralítico que, para presentarlo a Jesús, lo bajaron del techo. La dificultad no detuvo la audacia y la obstinación de esos amigos. Ellos estaban convencidos de que Jesús podía curar al enfermo y «como no pudieron introducirlo por causa de la multitud, subieron a lo alto de la casa y lo hicieron bajar en la camilla a través de las tejas, y lo colocaron en medio de la gente frente a Jesús. Jesús, al ver la fe de ellos, le dijo al paralítico: “¡Hombre, tus pecados quedan perdonados!”». Jesús reconoció la fe creativa con la que esos hombres trataron de traerle a su amigo enfermo.



LA LOCURA DE LA CRUZ (3) (1 CORINTIOS 1, 23)

DIO SU VIDA

Jesús quiso y vivió plenamente su muerte. Murió porque había decidido dar su vida. Murió en Jerusalén, durante la Pascua y cuando llegó «su Hora».

El buen pastor da su vida por sus ovejas... Yo doy mi vida por las ovejas... Nadie me la quita; yo la doy voluntariamente. (Jn 10)

Este es mi cuerpo... entregado por vosotros... mi sangre... derramada por vosotros. (Lc 22)

Judas, los judíos, la muchedumbre, Pilato, entregaron a Jesús a la muerte, pero fue Él el que ofreció voluntariamente su vida. Jesús aceptó libremente ser el objeto de las intrigas, ser la víctima de la cobardía y de la veleidad de los hombres.

No hizo una comedia con su condición humana, superando con su divinidad los conflictos que crean en todo hombre los determinismos (psicológicos y sociológicos que provocan movimientos de opinión, acusaciones, procesos, veredictos...). No hizo milagros en su favor, ni se bajó de la cruz.

Cristo, muriendo en cruz, vivió la trágica experiencia de la malicia y de la debilidad del hombre y aceptó sin rebeldía todo el peso del mal, porque tenía conciencia de estar cumpliendo una misión. Se sometió lealmente a las condiciones de la existencia humana, permaneciendo así sumiso a la voluntad de su Padre. Con su muerte, cumplió una obra, un gran designio de salvación. Su manera de sufrir y de morir no es sólo ejemplar, sino **también redentora: salva y libera,** cambia la perspectiva del problema del mal; da una nueva significación al sufrimiento e inaugura un nuevo orden.

PARA QUE SE CUMPLIERAN LAS ESCRITURAS

Jesús explicó a los dos discípulos de Emaús lo que había sobre Él en todas las Escrituras. El Evangelio dice con frecuencia: todo esto sucedió para que se cumplieran las Escrituras...

El sufrimiento de Jesús domina e ilumina la Historia Santa. Su sufrimiento no toma la luz de las Escrituras, son las Escrituras las que quedan iluminadas por su muerte.

No existe en el Antiguo Testamento

ningún relato exacto de la Pasión de Jesús. Los apóstoles, **habida cuenta de que Jesús había contado a los discípulos de Emaús lo que las Escrituras decían acerca de Él,**

mostraron, en su predicación de la Cruz a los judíos más piadosos que la objetaban,

la descripción que hace la Biblia del sufrimiento de un **Justo** por las intrigas de los hombres sin piedad que le rodean. Algunos detalles escritos en los Libros Sagrados corresponden perfectamente a los sufrimientos padecidos por Jesús. Son muchas las profecías, algunos cuentan hasta 300. Esas profecías anuncian sobre su persona, sus acciones, su doctrina, de forma más o menos directa, más o menos velada; pero quizás, a este respecto, la gran profecía de Isaías de los cap. 52 y 53, es la más impresionante de todas, sin dejar de tener de considerar el libro de Daniel, con la gran profecía del capítulo 9, y otras profecías como las de Los Salmos, Jeremías, Oseas y Zacarías.

Las profecías que hay en las Escrituras se cumplieron cuando Jesús, el Mesías, sufrió y padeció por nosotros. La Biblia, en cuanto al Antiguo Testamento, evoca sin cesar el escándalo del sufrimiento y plantean a Dios el problema del mal. (Ver Job). Así como la literatura universal es un largo canto continuado a los amores humanos, la literatura bíblica repite incansablemente la evocación del hombre que sufre y que llama a Dios.

El inocente que sufre, el justo perseguido, elevan hacia Dios una llamada angustiada con acentos, a veces, casi desesperados. No ponen en duda nunca la existencia de Dios ni su poder.

